

RENDICIÓN DE LA ESCUADRA FRANCESA DE ROSILY (14 DE JUNIO 1808)

Miguel ARAGÓN FONTENLA



Introducción



TRAS el combate de Trafalgar, de la poderosa escuadra combinada franco-española tan sólo cinco navíos franceses y seis españoles, maltrechos, lograron arribar de nuevo al amparo de la rada de Cádiz. El resto sería presa de los ingleses o pasto del furioso temporal que azotó la zona en los días posteriores al combate. Fracasado y relegado del mando, Villeneuve regresaría a París a rendir cuentas a Napoleón; y al que fue su relevo, el almirante Rosily, le tocaría la dura y penosa tarea de recuperar la operatividad de lo que quedaba de la escuadra francesa, con objeto de prepararse para afrontar las nuevas misiones asignadas por el emperador.

Para nuestra nación, los tres años posteriores a Trafalgar fueron de incertidumbre y de intrigas ante los acontecimientos que se cernían sobre una Europa asolada por los victoriosos ejércitos napoleónicos. Bajo el gobierno de unos monarcas pusilánimes, manipulados por el favorito Godoy y presionados por las intrigas de su propio hijo Fernando, carecíamos de crédito y consideración ante un Napoleón que, más que tener a España por aliada, deseaba anexionársela a su imperio.

El levantamiento popular en Madrid el 2 de mayo de 1808 contra las tropas del mariscal Murat, secundado por el resto de las provincias españolas, hizo ver a Napoleón que había menospreciado el carácter de un pueblo difícil de doblegar. La guerra en suelo hispano contra el invasor supuso el comienzo de una larga y cruenta cruzada que acabaría, años después, con el sueño imperialista de Napoleón.

La rendición de la escuadra francesa del almirante Rosily en la rada de Cádiz el 14 de junio de 1808 no destaca en los anales de nuestra historia

como una acción de relevante importancia, pero es de justicia destacar la forma en que fue llevada a cabo y las consecuencias que desencadenó.

Para conectar mejor con los acontecimientos acaecidos en Cádiz, nos apoyaremos en la trayectoria de dos de los protagonistas, de bandos contrarios y ambos víctimas del destino; por un lado, el mencionado almirante francés Rosily, marino de gran valía, que de haber llegado a relevar a Villeneuve posiblemente hubiera hecho que se evitase el enfrentamiento en Trafalgar; y por el otro, el general español Solano, capitán general de Andalucía, del que habría que resaltar su gran personalidad e ignominioso final.

Almirante Rosily

Francois Étienne de Rosily-Mesros, hijo del conde de Rosily, nace en Rochefort el 3 de junio de 1748. Desde joven oficial destaca ya por su espíritu aventurero, dotes científicas y valor en combate. Siendo alférez de navío se embarca con el célebre científico Ives Joseph de Kerguelen Tremaréc, que a bordo de la fragata *La Fortune* realiza una campaña alrededor del mundo, entre cuyos objetivos estaba la investigación en mares preantárticos.

Siendo teniente de navío al mando de un «lugre» (1) da muestras de su indiscutible valor cuando acude en apoyo de la fragata francesa *Belle-Poule* que estaba siendo atacada por la inglesa *Arethusa* y por el «cúter» *Alert* (2). A pesar de su notable inferioridad Rosily no duda en abordar al cúter británico, dando oportunidad a la fragata francesa de zafarse de su enemigo. En el combate pierde gran parte de su gente y el propio buque, que totalmente inutilizado acaba siendo presa de los ingleses. Reconocida su acción incluso por el propio ministro de Marina británico, Rosily es liberado un año después. Una vez en Francia se le concede la Cruz de San Luis como pago a su valiente actuación.

Encargado de diversas misiones políticas y científicas, zarpa de Brest en febrero de 1785. Durante siete años se entrega a una difícil navegación por el mar Rojo y mares de la India y China. Debido a su prolongada ausencia y distanciamiento de la metrópoli se ve libre de la purga que para los marinos de su linaje supone la revolución.

(1) «Lugre»: buque pequeño de formas finas a popa y llenas a proa, en ocasiones entablado de tingladillo, bastante calado a popa, dos o tres palos con algo de caída y velas tarquinas o al tercio, encima de las cuales solían izar unas gaviás volantes, completando su aparejo uno o varios foques. *Enciclopedia General del Mar*.

(2) «Cúter»: embarcación muy a propósito para caminar, manguda del centro para proa y estrecha hacia popa, calando bastante más aquí que a proa. Arbola un solo palo y bauprés, aparejando de balandra, o sea, vela mayor cangreja, escandalosa, trinqueta y dos foques. *Enciclopedia General de Mar*.

Vicealmirante a los 46 años, cumple diversas misiones en Génova, Boulogne y Anvers, facilitando valiosos informes al general Bonaparte para la expedición a Egipto.

Conocedor Napoleón de la valía científica de Rosily, le encarga en 1802 un informe detallado sobre la costa de África. Finalizada la misión desea con ansia un destino activo, por lo que compite con Villeneuve en el mando de la escuadra combinada franco-española, que debería asegurar el paso del canal de la Mancha a la *Grande Armée*; mas Bonaparte se inclina a favor de su rival.

En agosto de 1805 Rosily encuentra su oportunidad: descontento el emperador con el comportamiento de Villeneuve por haber buscado refugio en Cádiz para la escuadra combinada en lugar de dirigirse al canal, da orden a su ministro de Marina, Decrés, para que aquél sea relevado por Rosily, a quien una vez fracasado el plan de invasión de Inglaterra se le asigna la misión de: «Zarpar de Cádiz, burlar el bloqueo de la escuadra inglesa y dirigirse al Mediterráneo en demanda de Nápoles. Atacar a cuanto mercante inglés y de sus aliados encuentre a su paso para, una vez desembarcadas las tropas en Nápoles, dirigirse a Tolón donde la escuadra quedaría confinada».

Tras el combate de Trafalgar

Cuando Rosily llega a Cádiz el 25 de octubre de 1805 se encuentra con el lamentable espectáculo de una escuadra destrozada. De los 33 buques que constituían la escuadra franco-española que se había enfrentado en Trafalgar a la de Nelson, tan sólo 10 navíos y cinco fragatas consiguieron regresar a Cádiz. Cinco de los navíos eran franceses: *Neptuno*, de 92 cañones; *Héros*, de 84; *Algeciras*, de 86, y *Plutón* y *Argonaute*, de 74. Las cinco fragatas, francesas, eran: *Cornelie*, *Hermione*, *Hortense*, *Rhin* y *Themis*.

No era el mando que Rosily tanto había ansiado, pero el almirante francés no era hombre que se dejara llevar por el desánimo. Sus primeros esfuerzos estuvieron orientados al logro de la mejor atención para los heridos franceses y al canje de prisioneros, para lo que encontró el máximo apoyo en el que era entonces el gobernador militar de la provincia, el general Solano. Su segunda preocupación fue la pronta rehabilitación de los cinco navíos franceses. En cuanto a las fragatas, que se encontraban en buen estado al no haber tenido que combatir, tan sólo se quedó con la *Cornelie*. Las otras cuatro, junto con tres bergantines, lograron romper el bloqueo inglés y regresar a Francia en febrero del año siguiente.

No le faltaban a Rosily inteligencia y habilidad diplomáticas, ya que logró que por orden expresa de Godoy se diera prioridad a la reparación de sus navíos. Pronto la división francesa, completada con las dotaciones galas de los buques naufragados, se encontró nuevamente alistada y con avituallamiento

para cinco meses, a expensas de las exiguas existencias que había en el Arsenal de La Carraca. A dicha división se incorporó el navío español *San Justo* completamente pertrechado.

Muy distinta fue la reparación de los buques españoles, bastante más dañados que los franceses. Con el arsenal falto de enseres, fueron reparándose en los años sucesivos poco a poco, con dificultad, hasta lograr que en 1808 se dispusiera en Cádiz de una escuadra de seis navíos y una fragata, bajo el mando del jefe de escuadra don Juan Ruiz de Apodaca.

El levantamiento popular del 17 de marzo de 1808 en Aranjuez contra Godoy supuso el fin para el todopoderoso príncipe de la Paz. El rey, atemorizado, firmará al día siguiente un decreto exonerándole de todos los cargos del Gobierno, abdicando posteriormente en su hijo el príncipe de Asturias.

Napoleón, previendo la huida de la familia real, había dado instrucciones a su ministro de Marina respecto a la escuadra que se encontraba en Cádiz. Así, el 21 de febrero de 1808 Decrés envía a Rosily las instrucciones del emperador y le previene del enfriamiento de las relaciones con España, indicándole que sitúe sus buques fuera del alcance de las baterías españolas, de forma que pueda defender la bahía de cualquier ataque interior o exterior. Asimismo le dice: «Procurar no manifestar inquietud, pero preparaos para cualquier evento sin afectación y tan sólo obedeciendo órdenes que habéis recibido para partir. Colocad en medio al navío español (*San Justo*) bajo tiro de cañón de los franceses». Terminaban las instrucciones mandando a Rosily que «a todo trance impidiese la salida de la Familia Real».

Además de evitar la salida de España de la familia real, los planes de Napoleón para con la escuadra de Rosily tenían otro objetivo, que era el de aguardar la llegada de un ejército imperial que por tierra debía atravesar la Península y enlazar con las fuerzas marítimas en Cádiz. La escuadra francesa debía transportar las tropas a objetivos en el norte de África, como base de un avance hacia Oriente Próximo, con la finalidad de cortar las vías del comercio inglés procedente de la India.

Si difícil fue la reparación de los buques españoles, más lo fue completar sus dotaciones. Para medio alistarlos hubo que recurrir de nuevo al embarque de tropa de Marina y Ejército y a la llamada «matrícula de mar».

En cuanto a los ingleses, tras el combate la escuadra de Collingwood, no tarda en volver a navegar por el golfo de Cádiz dispuesta a controlar el tráfico que se dirige a los puertos españoles y mantener el bloqueo. No obstante, dado lo debilitadas que se encontraban las escuadras española y francesa, el bloqueo ejercido era tan débil que el comercio marítimo con Cádiz durante el periodo entre contiendas se realizaba con suma normalidad. Collingwood deja al almirante Purvis al mando de una pequeña división y se retira con el resto a reforzar el bloqueo del puerto de Tolón.

Cádiz en los primeros días del levantamiento

Los acontecimientos en España se suceden rápidamente. El 2 de mayo de 1808 se produce el levantamiento del pueblo madrileño contra las tropas francesas del mariscal Murat. La posterior brutal represión por parte del mariscal francés incitó los ánimos de un pueblo que veía como una ignominia la ocupación del territorio español.

A voluntad de Napoleón se crea la Junta Suprema de la Nación, llamada también Junta Central, que presidida por el mismo Murat propicia el reconocimiento de José Bonaparte como legítimo soberano. Todos los generales españoles con mando en plaza y tropa reciben la orden de la Junta Suprema de acatar obediencia al nuevo rey José I.



Juan José Ruiz de Apodaca y Eliza (1754-1835), conde de Venadito, capitán general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

Los sucesos de Madrid corren como la pólvora de provincia en provincia, exaltando los ánimos populares en contra de los franceses.

Por aquel entonces era capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz el general Francisco Solano, marqués del Socorro, hijo del que fuera capitán general de la Armada José Solano y Bote. La población gaditana, soliviantada por los sucesos de Madrid y movidos por el afán de venganza, exige del gobernador el ataque inmediato a la escuadra gala, fondeada en medio de la bahía. Pero Solano no se deja llevar por las exigencias de una masa enaltecida, y de momento, de mutuo acuerdo con el comandante general del Departamento, brigadier Joaquín Moreno, y ante el temor de que Rosily intentara alguna acción sobre la costa, ordena organizar la vigilancia en torno a la

escuadra francesa. Se refuerzan las guarniciones de las fortificaciones y se intensifican las patrullas por las playas de la bahía con la orden de que: «por ningún motivo se permitiera el desembarco de tropa alguna que no fuese española».

No le pasan desapercibidos a Rosily los movimientos de los españoles, e inquieto ante la sospecha de un posible ataque a su escuadra y con el pretexto de defender mejor la flota conjunta de un ataque inglés, propone a Ruiz de Apodaca intercalar los navíos de ambas escuadras. Con esa disposición, la escuadra francesa, netamente superior en fuerza a la española, adquiriría una notable ventaja. No obstante, el comandante general del Departamento, Joaquín Moreno, por alguna razón que no se llega a entender, acepta el dispositivo sugerido por Rosily, de modo que los navíos de ambas naciones quedan intercalados según la siguiente distribución: *Neptune* (francés), *Príncipe* (español), *Héros* (francés), *San Justo* (español), *Algeciras* (francés), *Montañés* (español), *Argonaute* (francés), *Terrible* (español), *Plutón* (francés), *San Fulgencio* (español) y *San Leandro* (español).

Esta formación crea una línea que, comenzando frente al bajo de las Cabe-zuelas, se prolonga hacia el interior de la bahía. Puede entenderse que por ambas partes lo que se buscaba era, más que el apoyo mutuo, una manera de tener controlada y a tiro la escuadra contraria, que en cualquier momento podía volverse en contra del hasta entonces aliado.

El 22 de mayo Sevilla secunda el levantamiento contra los franceses y rechaza la autoridad de la Junta Central, a la que considera afrancesada y al servicio del enemigo, e instaura un órgano de Gobierno del reino al que titula Junta Suprema de España e Indias (Junta Suprema de Gobierno de la Nación).

La Junta Suprema, también conocida como Junta de Sevilla, mediante la emisión de bandos a las distintas provincias, insta al levantamiento contra el invasor, pide que se la reconozca como autoridad gubernamental y establece representaciones mediante juntas provinciales y locales.

Se muestra irresoluto el general Solano a secundar en Cádiz el levantamiento contra Napoleón que insistentemente desde Sevilla emanaba de la junta recientemente creada, a la que Solano concede un carácter más popular que institucional. Su indecisión se debe al desconocimiento del nivel que había alcanzado la insurrección en otras provincias.

Temeroso de tomar una determinación prematura, de cuyo éxito no estaba seguro, el 28 de mayo convoca en su propia casa a los once generales de tierra y mar que se encontraban en la ciudad, entre los que figuran: el comandante general del Departamento, Joaquín Moreno; los capitanes generales que habían sido de esta provincia; el Príncipe de Monforte; Tomás Morla, anterior gobernador militar; Manuel de la Peña; Juan Ruiz de Apodaca, comandante en jefe de la Escuadra de Cádiz; el mariscal de campo Juan Ugalde; Jerónimo Peinado; Narciso de Pedro y Juan del Pozo.

En un punto estaban los presentes de acuerdo con el capitán general, y era en el de actuar con prudencia. Consideraban los generales que era aventurado declararse abiertamente contra Francia. Repudiaban la idea de dejarse llevar por la resolución de una junta popular, y no confiaban en el éxito del que aparentaba ser un movimiento aislado y momentáneo en Sevilla. Manifestaron los generales el deseo de no abandonar la causa de la Nación y prepararse para la guerra, pero no apoyarla hasta estar seguros de que no se trataba de alborotos efímeros, sino de una verdadera revolución secundada por todo el país y dirigida por una autoridad reconocida por todos y con declaración oficial de guerra a Napoleón. Se acordó la publicación de un bando, que quedó redactado esa misma noche del 28, en el que los generales exponían sus sentimientos a favor de la Junta de Sevilla, pero también sus temores al levantamiento en armas contra la escuadra francesa, con los siguientes argumentos:

- Consideraban que los verdaderos enemigos eran los ingleses que, encontrándose con su escuadra al acecho bloqueando el puerto desde la mar, podían acometer una inesperada acción ventajosa.
- En el manifiesto, Solano se lamentaba amargamente contra el proceder de la familia real: «Nuestros soberanos, que tenían un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos a sus enemigos, lejos de hacerlo, han declarado Padre e Hijo repetidas veces que los que se toman por tales (enemigos) son sus amigos íntimos, y en su consecuencia se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos ¿Quién reclama, pues, nuestro sacrificio?».
- Preocupaba la falta de tropa preparada, ya que con la disponible apenas se cubría la defensa de las fortificaciones. Sobre este punto, Solano se resistía a armar incontroladas milicias en tal estado de excitación, temiendo que la chusma se cebase con ciudadanos extranjeros.
- Se comprometían a enviar oficiales a Sevilla y a los pueblos importantes de la provincia con el objeto de alistar y organizar en milicias a la gente que se presentase. Pero sin que los alistados en Cádiz salieran de la ciudad.

Pero la verdadera causa de no ceder a las presiones del pueblo, que encabezado por el conde de Teba —enviado desde Sevilla por la Junta— exigía forzar la rendición inmediata de la escuadra francesa, la habían expuesto en la reunión los mandos de la Marina, y no era otra que la situación de los barcos, ya que al encontrarse intercalados los nuestros estaban en inferioridad respecto a los franceses, mejor armados y dotados. Además, si se entablase el combate los navíos españoles correrían grave riesgo, ya que podrían ser dañados por el fuego propio dirigido contra los franceses; sobre todo si se empleaba bala roja. Por eso, antes de cualquier determinación era preciso separar las escuadras.

Firmado el bando por los once generales, se hizo público esa misma noche ante una impaciente muchedumbre que aguardaba en las calles con el convencimiento de que el bando iba a ser el grito de guerra abierta a los franceses. Mas cuando vieron que de él emanaba una solicitud a la calma y a la sensatez, el gentío comenzó a alborotarse. Incitados por los emisarios de la Junta de Sevilla, empezaron a proferirse gritos contra la persona del general Solano, que pronto secundó la plebe, la cual soliviantada se dirigió a la vivienda del general. Solano logró calmar los ánimos asegurando una nueva reunión de generales para el día siguiente.

Entre tanto Rosily, ante la gravedad que estaba tomando la situación y bajo el temor a una pronta agresión, hizo fondear sus navíos de la mejor forma para batir las posiciones españolas, y envió botes para el reconocimiento del caño del Trocadero.

En la larga noche del 28 de mayo en cantinas y tugurios no se hablaba de otra cosa que del dichoso bando, y la imagen del que durante tantos años había sido el benefactor de los gaditanos comenzó a degradarse. Los más alborotadores irrumpieron en la casa del cónsul francés Le Roy, personaje odiado por su arrogancia, quien logró huir a tiempo refugiándose en el convento de San Agustín, para luego, y con ayuda de amistades, lograr refugio en la escuadra francesa.

Desde primeras horas del día siguiente comenzaron a ejecutarse los contenidos del bando. Hacia Sevilla se dirigió el mariscal Félix Jones con órdenes de Solano para organizar milicias, abriéndose una oficina de alistamiento para que los más fervientes patriotas se anexionaran a la causa.

Ante el aviso de movimientos de embarcaciones francesas en el Trocadero, Solano ordena el envío inmediato de efectivos para ocupar ese asentamiento.

Muerte del general Solano

Solano convoca de nuevo a los generales en consejo de guerra, en el que se acuerda que la ciudad debería declararse abiertamente por el alzamiento incitado por la Junta de Sevilla, conforme a las exigencias del enardecido pueblo. El gentío interrumpe la sesión en repetidas ocasiones y pide desaforadamente atacar a la escuadra francesa, por lo que el general ha de salir al balcón para apaciguar los ánimos y recomendar prudencia, con el fin de salvaguardar a la propia escuadra de los resultados desafortunados que podría ocasionar un ataque a los franceses. Estos temores son interpretados como debilidad, haciéndose sospechoso de actuar a favor de los franceses.

Incitada por algunos cabecillas, y dirigiendo su odio sólo hacia Solano y no hacia los otros generales que también eran artífices del bando, la muchedumbre marcha hacia la casa del general. Es la hora del almuerzo y la resi-

dencia está protegida solamente por la guardia militar, con pocos efectivos para frenar a la furiosa multitud que pide a gritos su muerte. Tres cabecillas piden ser recibidos por el general: el más representativo es un tal Pedro Pablo Olaechea, quien haciéndose portavoz de la masa exige con arrogancia al general la dejación del mando. Ante la negativa de éste se produce un forcejeo, que es aprovechado por uno de los incitadores para dar aviso al gentío que aguarda a las puertas. De nada sirve el fuego de intimidación que hace la guardia militar al mando del capitán Sanmartín; pronto es reducida, y dándole la vuelta a un cañón de los que coronan la muralla frente a la puerta de la Comandancia destrozan la entrada de un disparo. Tras un forcejeo, Solano consigue librarse de sus aprehensores y huir por la terraza; es alcanzado por el tal Olaechea, quien de un empujón es arrojado por Solano a un patio, falleciendo al caer. Se refugia el general en casa de un amigo, el comerciante irlandés Pedro Strange. La chusma destroza la casa de Solano, y al no dar con él comienza su búsqueda por los alrededores. Delatado por la criada del irlandés, no puede ya escapar de los que le perseguían. Reducido y maniataado cual malhechor, Solano es llevado a la plaza de las Nieves donde escucha su sentencia de muerte.

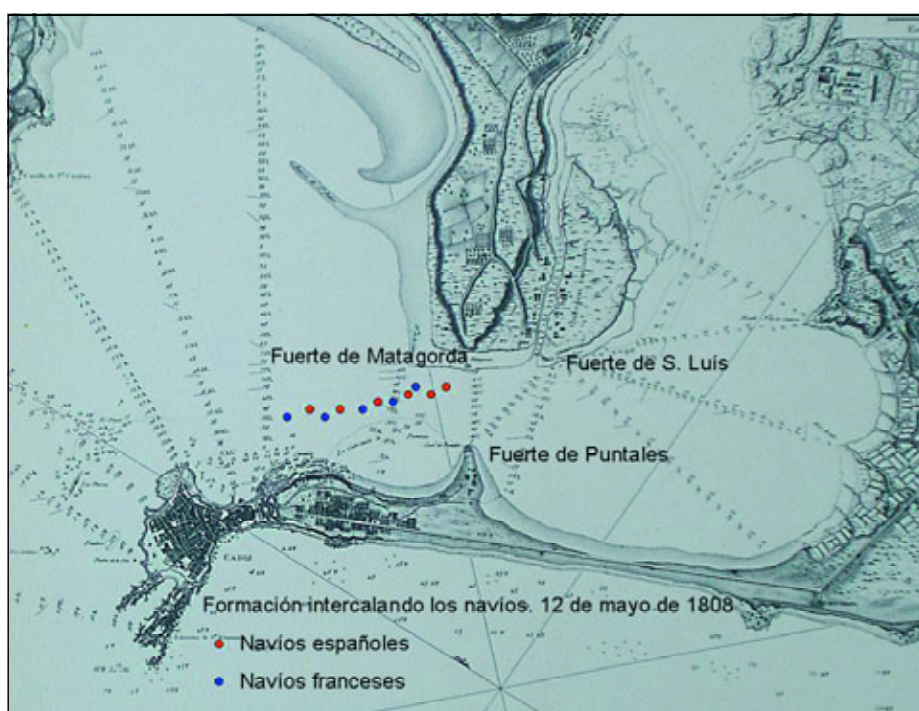
En la plaza de San Juan de Dios se mantenía en permanencia un cadalso con una horca para ajusticiamiento de reos de la justicia. Ése era el destino que la chusma le tenía preparado al general. Cuando en burda comitiva es llevado, descalzo, al lugar de su ignominia, se adelanta un joven llamado Florentino Ibarra quien, sin mediar palabra, le asesta al general una mortal puñalada en el estómago que le deja retorciéndose en el suelo. A pesar de ello, los más exaltados insisten en llevarlo a rastras hasta la horca. No se conforman con su muerte; ésta debe ser, además, indigna. Dos amigos del general observaban atónitos tan deprimente espectáculo; uno de ellos, Carlos Pignatelli, en un arrebató de indignación ante la visión de ver a su amigo colgado de una soga, profiriendo injurias y fingiendo estar a favor de la chusma, se acerca al general sable en mano y de certera estocada le atraviesa el pecho, ahorrándole así terribles sufrimientos. El otro amigo, el magistral Cabrera, personaje muy respetado por los gaditanos, se interpone a las turbas que pretenden colgar el cuerpo del general, aun fallecido. El magistral les exhorta al beneficio de la religión cristiana, no consintiendo que bajo ningún concepto se injurie el cadáver de Solano. Durante esa noche la ira del populacho se sacia con las haciendas de los familiares y amigos del general.

Liberal de ideas y monárquico de corazón, si de algo dudaba Solano era de la legitimidad de la autoproclamada Junta Suprema. Su cautela por no adelantar acontecimientos y el no dejarse arrastrar por las exigencias de un pueblo soliviantado le costó la vida a este valiente y brillante general de 39 años de edad, del que hasta el propio Napoleón recelaba.

Movimientos previos

Tras el vil asesinato del gobernador, los mismos incitadores aclaman de inmediato a Tomás Morla, general de avanzada edad y que había ocupado el cargo anteriormente a Solano, en contra de la voluntad de la Junta de Sevilla, que está a favor de Eusebio de Herrera. La valía de Morla no era comparable a la de Solano, y su elección estaba condicionada a que actuara conforme a la voluntad popular, pues de lo contrario acabaría como su antecesor.

La Junta de Sevilla acepta con recelo la elección popular de Morla, poniéndole bajo la vigilante tutela de su favorito, el general Eusebio de Herrera. El día 28 de mayo la Junta de Sevilla se dirige a la suprema autoridad del Departamento para «invitar a que la Marina se sume al movimiento patriótico». El día 30 se constituye la Junta de los diputados del pueblo, que confirma el nombramiento de Morla como gobernador y presidente de la que pasó a denominarse Junta de Observación y Defensa, a semejanza de la de Sevilla. El jefe de escuadra Joaquín Moreno es nombrado capitán general del Departamento de Cádiz.



Escuadras española y francesa intercaladas.

El mismo día 30, reunidos los generales con la asistencia de Joaquín Moreno y de Ruiz de Apodaca, acuerdan enviar a Rosily una misiva de rendición y que permita la separación de las escuadras. Rosily argumenta no haber motivo de hostilidad alguna contra su emperador, y como prueba de ello accede a la separación de ambas escuadras; maniobra que los españoles realizan con habilidad para quedar de nuevo fondeados a la entrada del canal.

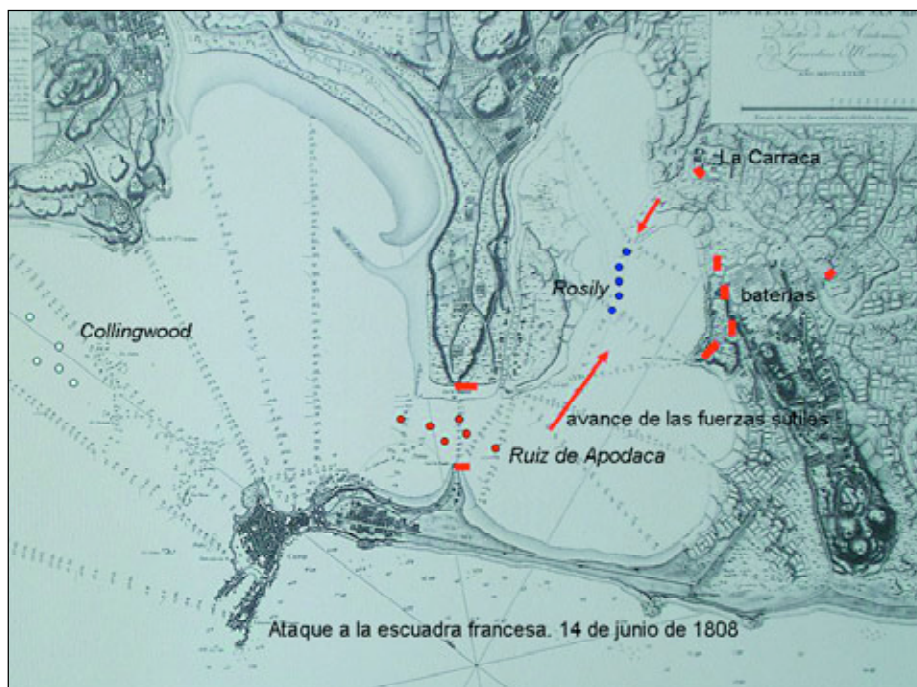
Morla se muestra dubitativo; no quiere ser quien asuma la responsabilidad de dar las órdenes de comienzo del ataque a los franceses, por lo que solicita autorización a la Junta de Sevilla, delegando en la máxima autoridad de Marina, Joaquín Moreno, los preparativos para el asedio. Los medios de que dispone el almirante son escasos. En el Arsenal falta de todo; por no quedar no quedan ni amarras ni calabotes, muy necesarios para mantener los buques fijos en sus amarraderos.

Los buques franceses se encuentran fondeados a tiro de fusil del fuerte de San Luis, que tan sólo dispone de tres cañones y un par de morteros. Algo más distante, separado por el caño del Trocadero y también con tres piezas, se encuentra el fuerte de Matagorda, desde donde se bate también a los franceses. Para evitar que el de San Luis quedara aislado y pudiera caer en poder de Rosily, Morla ordena desmantelarlo y reforzar con su artillería la batería que se monta en el Trocadero. Por otro lado, Moreno manda armar dos navíos que se encontraban en La Carraca pendientes de carena y los sitúa protegiendo la entrada al caño del Arsenal. Se restablece la batería de La Cantera y se refuerza Puntales. La idea de Morla con el refuerzo de los asentamientos próximos y a la vista de almirante francés es, principalmente, amedrentarle haciendo parecer que dispone de más medios de los que en realidad cuenta.

A todo esto comienzan las negociaciones con los ingleses que, atentos a los acontecimientos que se están produciendo en Cádiz, mantienen el bloqueo con su escuadra. Morla envía dos mensajeros a Collingwood a fin de cesar toda hostilidad y convenir los medios de una alianza con Inglaterra. Éste no consiente levantar el bloqueo, pero se ofrece a adentrar sus buques en la bahía gaditana y batir a los franceses. El ofrecimiento de Collingwood es desechado por Morla, que no se fía de los británicos, ya que una vez rendido el francés, ¿quién le aseguraba a Morla que los británicos no iban a ocupar la plaza, aprovechando que no había firmado acuerdo de paz alguno con España? Por eso sólo acepta que los ingleses se encarguen de evitar la salida de los franceses de la bahía, rogándoles que una vez dada la señal de comienzo de hostilidades adentrasen una de sus divisiones a la bocana del puerto.

Preparación para el ataque a la escuadra francesa

Atento Rosily a los movimientos, que denotaban una clara hostilidad hacia su escuadra, intenta en varias ocasiones dilatar el diálogo con Morla en la



Ataque a la escuadra francesa.

confianza de que pronto el ejército francés acudiría en su ayuda. No obstante, comprendiendo la amenaza que los fuertes de Puntales y Torregorda suponen para sus buques, decide adentrarse en el saco de la bahía; así que, aprovechando un día de viento fresco de poniente, levanta el fondeo y se coloca lo más próximo al Arsenal, en el lugar conocido como la fosa de Santa Isabel, en el entronque con el canal que va a Puerto Real. Con esta maniobra la escuadra francesa queda en una posición de difícil salida, pero con la ventaja de cortar la comunicación por mar entre el arsenal y la escuadra de Ruiz de Apodaca. Rosily cuenta con efectivos suficientes como para llevar a cabo un ataque y el desembarco sobre el Arsenal, y con artillería y munición en abundancia como para ofrecer una tenaz resistencia.

Dada la imposibilidad de maniobrar en la ratonera en la que se ha metido Rosily, Joaquín Moreno ve que el ataque con los navíos propios no es posible y concibe un plan menos arriesgado que se basa en el empleo de fuerzas sutiles, es decir, embarcaciones ligeras debidamente armadas. Este sistema había dado ya buen resultado contra la escuadra inglesa de bloqueo. Ruiz de Apodaca, deseoso de enfrentarse en fuerza con sus buques a los franceses, se mues-

tra reacio a la ejecución del plan de Moreno, pero finalmente cede ante la evidencia.

Moreno ordena a Ruiz de Apodaca la organización y dotación de dichas fuerzas sutiles, y que la escuadra se mantenga a la altura de Puntales para cerrar así la angostura con Matagorda, fuera del alcance del fuego francés. Ante el temor de que los franceses intentaran un ataque y el desembarco en el Arsenal, encarga a Rafael Clavijo, jefe de escuadra y comandante de ingenieros de Armada, el cierre de la embocadura del caño de La Carraca, ya que se había apreciado que la fragata *Cornelie*, la más avanzada de la escuadra francesa, «había enmendado, acercándose al Arsenal y se concibió la sospecha de que fuese una tentativa para introducirse en él, con todos los demás buques».

Clavijo ordena echar a pique, frente a La Clica, los viejos cascos del navío *Miño* y de la urca *Librada*. Un tercer buque, la vieja fragata *Atocha*, está a punto de acabar de la misma forma, pero se desiste su hundimiento por falta de tiempo.

Debido al nuevo fondeadero tomado por los franceses, hubo que desplazar los asentamientos de las baterías de costa a la línea comprendida entre Fadrillas y el arsenal. Brigadas de obreros de la Maestranza de Marina trabajaron en montar diversas baterías en:

- Puente Suazo.
- Arsenal. Una batería de morteros.
- Casería de Osio. Dos baterías de cañones.
- Lazareto. Dos baterías.
- Punta de la Cantera. Cuatro baterías.
- Almacenes de Fadrillas. Cuatro morteros y dos cañones

Ruiz de Apodaca, recurriendo a los botes de su escuadra, consigue rápidamente armar doce bombarderas y veinticinco cañoneras. Contando, además, con cuantas embarcaciones alista el arsenal para ser armadas y atacar desde ese frente. Se forman tres divisiones, de quince cañoneras cada una, mandadas por los brigadieres José Quevedo y Miguel Gastón y por el capitán de navío José Rodríguez de Rivera. El mando de todas las fuerzas sutiles recae en el capitán de navío Diego de Alvear.

El plan de ataque de Moreno era minucioso y preciso. Las cañoneras debían situarse en primera línea de tiro; después las bombarderas, fuera del alcance de tiro de los cañones enemigos, y tras ellas los botes con la tropa y embarcaciones de auxilio con pertrechos y arpeos, dispuestas a socorrer a las embarcaciones incendiadas. El mayor general estableció también un código de señales para poner de acuerdo a navíos, cañoneras, fortificaciones y mandos. Desde la posición dominante de la Torre Vigía en el centro de la ciudad, el general Morla, como máxima autoridad, daría la orden de abrir el fuego y

cesarlo según la marcha del combate. En cada buque, un encargado de observar las señales las repetiría para coordinar así la acción.

Moreno dirigiría el combate a bordo de su falúa. Éste se efectuaría simultáneamente por cañoneras y bombarderas desde el arsenal y la bahía, con el apoyo de fuego de las baterías del frente este, reforzado por el de dos navíos fondeados en el caño de La Carraca.

El 6 de junio se hace desde Sevilla la declaración de guerra al emperador francés, por medio de un bando que se hace público por todos los rincones de la nación.

Primer día de combate



Bote cañonero.

En la mañana del 9 de junio, finalizados los preparativos y autorizado el ataque por la Junta de Sevilla, el general Morla envía un comunicado a Rosily intimándole a la rendición de su escuadra:

«A este efecto doy a VE. dos horas de tiempo para que se resuelva a la rendición; mas negándose a ella después de ese tiempo, o viendo en el hacer cualquier movimiento, soltaré mis fuegos de bombas y bala rasa, (que serán rojas si VE.

se obstina): atacará la Escuadra Española, y también las fuerzas sutiles. En fin, la Escuadra Inglesa estará a la boca del Puerto para que no quede el menor recurso.»

Rosily responde a Morla con dos oficios: el primero manifestaba su negativa a la rendición, estando dispuesto a perecer con su escuadra; el otro decía que «siempre y cuando se alcanzase del almirante inglés la seguridad de que no acometería ni perseguiría a su escuadra en el espacio de cuatro días desde el de su salida, al punto se alejaría de las aguas de Cádiz».

La respuesta no se hace esperar y Morla manda izar en lo alto de la Torre Vigía, en la que establece su observatorio, la señal de comenzar el ataque, señal que es repetida desde la cúspide de la Torre Alta en la Isla.

A eso de las cuatro de la tarde las baterías de la costa comienzan un violento fuego contra los franceses, protegiendo el avance de la flota de cañoneras y bombarderas que se aproximan desde ambos lados de la bahía hasta alcanzar la distancia de tiro a los buques enemigos. Éstos, acoderados y con sus costados haciendo frente a la bahía, se encuentran dispuestos al combate con sus cubiertas y costados protegidos por cables y calabrotes. Ya oscureciendo, tras cinco horas de incesante intercambio de fuego sin conseguir doblegar la resistencia de los franceses, cesa el combate y se retiran las embarcaciones.

De resultas de esta acción, siete de nuestras cañoneras resultaron seriamente dañadas y dos se hundieron, contándose cuatro muertos y cinco heridos. Los buques franceses dirigieron principalmente sus fuegos contra las baterías costeras. El asentamiento de la Cantera resultó desmontado por el fuego del *Algeciras*, que ocasionó ocho muertos y 26 heridos.

Los franceses acabaron esta primera jornada con daños de importancia en cascos y arboladuras, con las bajas de un oficial y 13 marineros muertos y 51 heridos.

Segundo día de combate

A primeras horas de la mañana del día 10, apenas despuntando el sol, se reanuda el combate por ambas partes, pero con menor intensidad que el día anterior. Hasta que a eso del mediodía se ve ondear en el *Héros* la señal de parlamento. Lo que no se imagina Rosily es la satisfacción con que Joaquín Moreno ordena el alto el fuego, dada la escasez que para entonces hay de pólvora y municiones, agotadas casi en su totalidad el primer día de combate. Como en el póquer, Morla ha de recurrir a ciertos «faroles» para doblegar a su poderoso enemigo sin recurrir a la ayuda ofrecida por Collingwood.

Rosily necesita tiempo, de ahí que en este parlamento no ofrece una alternativa diferente, sino que insiste en su postura anterior y vuelve a proponer que «se le permita la salida de Cádiz con su escuadra, bajo la promesa formal de no ser atacado ni perseguido por la escuadra inglesa de lord Coolingwood». A lo que Morla, de manera altanera, responde: «Pido a V. E. reflexione sobre el particular, sobre la inutilidad de su resistencia, y se persuada de no asentir a la rendición que le intimo por segunda vez, usaré de todos los medios vigorosos con que me hallo para destruirlo, haciendo a V. E. un estrechísimo cargo como responsable de todos los perjuicios y desastres que se originen en consecuencia».

Morla se muestra cauto y mantiene el alto el fuego en espera de que el francés tome la iniciativa. Lo cierto es que apenas dispone de pólvora para otro ataque en fuerza.

Si en la tarde del día 10 Rosily se hubiera decidido a atacar con toda su escuadra y desembarcar en La Carraca, las cosas se habrían puesto muy difíci-



Bandera del navío *Héros*. (Museo Naval. Madrid)

les para los españoles. Pero el temor de los franceses a encontrarse con una fuerte resistencia, realmente inexistente, les hizo dudar del inútil sacrificio que podía suponer.

Al día siguiente Rosily envía una nueva propuesta, cediendo algo en sus pretensiones. Insiste en que se le deje abandonar Cádiz, añadiendo que «desembarcaría todo el armamento de sus buques y con la bandera arriada, pero continuando las

tripulaciones a bordo, así como su almirante y comandantes con mando efectivo en los buques». Condiciones que son interpretadas por los generales españoles como un síntoma de que empezaban a flaquear los ánimos de resistencia en las filas francesas.

El «farol» había que rematarlo, por lo que Morla contesta a Rosily que no está capacitado para aceptar las condiciones sugeridas y que debe consultarlas con la Junta Suprema. Esto daría a los españoles tiempo para restablecer las posiciones dañadas; más aún, siguiendo la estratagema del engaño y el amedrentamiento, se ordena instalar una batería de hasta 30 cañones de a 36 entre la Casería de Osio y Fadrilas, bien a la vista de los franceses, y al navío *Santa Ana*, que se encontraba carenando, se le coloca en posición de combate en la bocana del Arsenal. Se alistan más cañoneras y bombarderas, sin disimulo y con alarde de fortaleza, e incluso se deja ver el humo de los hornillos en algunas baterías, amenazando con utilizar balas rojas contra los vulnerables navíos galos.

Se suceden dos días de incansable movimiento, amenazadores por parte española y de pasividad por parte de los franceses. En la mañana del 14 se da la contestación a Rosily: la Junta Suprema se niega a aceptar las condiciones, ofreciendo tan sólo «respeto a las vidas y equipajes de los rendidos». Rosily convoca a sus comandantes, y en vista de la aparente inutilidad de resistir al asedio decide arriar la bandera y rendir la escuadra, enviando el siguiente oficio a Morla: «Sr. Capitán General. Me veo obligado por todos los medios que VE ha reunido contra mí a entregar los navíos, y no oponer más resistencia, porque veo es interés de las dos naciones no destruirlos...».

No tarda Morla en publicar la siguiente proclama: «Gaditanos: la escuadra francesa al mando del almirante Rosily acaba de rendirse a discreción confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español. Cádiz 14 de junio de 1808.- Morla».

Actuaciones tras la rendición

Rendida la escuadra francesa, los segundos oficiales de la escuadra española toman el mando de los apresados. Los buques capturados quedan incorporados a la Armada, manteniendo sus nombres, traducidos al castellano, excepto el *Argonaute* que pasa a llamarse *Vencedor*.

Los prisioneros franceses fueron repartidos en diversas dependencias y buques: a la marinería se la recluyó en el presidio de Cuatro Torres de La Carraca; a la tropa en el castillo de Puntales, y a los oficiales se les internó en los navíos *Castilla* y *Terror*, habilitados como pontones y fondeados en mitad de la bahía.

Los efectivos capturados a la escuadra francesa fueron cuantiosos y, junto a los víveres confiscados, supusieron un gran alivio para el exhausto Departamento. No olvidemos que la escuadra se encontraba pertrechada para cinco meses de campaña. Se hicieron y capturaron:

- 3.676 prisioneros.
- 442 cañones de a 36 y a 24 libras.
- 1.651 quintales de pólvora.
- 1.429 fusiles.
- 1.069 bayonetas.
- 80 esmeriles.
- 50 carabinas.
- 505 pistolas.
- 1.096 sables.
- 425 chuzos.
- 101.568 balas de fusil.
- Los cargos casi completos de munición de cañón.

A pesar de que Morla restó importancia a la acción por el reducido número de víctimas y no quería recompensas, la Junta determinó ascender un grado a todos los oficiales y tropa, tanto de Marina como de Artillería.

A raíz de la victoria sobre los franceses fueron muchos los que en Cádiz y alrededores acudieron a alistarse, movidos por un apasionado deseo de hacer frente a un ejército del que desconocían su verdadera fortaleza. En Diego de Alvear recayó la responsabilidad de organizar los batallones de los llamados «voluntarios distinguidos», nutridos con individuos de buena clase social que



pagaban su incorporación a filas y que en los años posteriores jugarían un importante papel en la defensa de Cádiz.

Los ingleses, atentos a los acontecimientos que se estaban sucediendo, vieron en esta victoria ocasión para establecer unos vínculos que le permitieran poner los pies en suelo ibérico. El gobernador de Gibraltar, Dalrympler, ofreció al gobernador español una división de 5.000 hombres para hacer frente al Ejército francés, que se esperaba actuara en Andalucía.

En cuanto a Rosily, el 5 de agosto la Junta Suprema le autorizó a regresar a su país bajo palabra de no servir contra España sin ser canjeado. Le acompañarían algunos oficiales de estado mayor, así como el general Marescot, prisionero en Bailén, y el embajador Le Roy. El almirante Coolingwood les expidió pasaportes para su traslado en una fragata inglesa a puerto francés.

No debió afectar mucho al emperador la derrota sufrida por Rosily, pues éste recuperó sus funciones de director del Depósito General de Mapas y Planos de la Marina y continuó su carrera dedicado a la hidrografía, siendo el creador del Cuerpo de Ingenieros Hidrógrafos de la Armada francesa.

El 12 de noviembre de 1832, a los 84 años de edad, siendo vicealmirante, fallece Rosily en París. Había alcanzado renombre y prestigio mundial en el campo de la ciencia, y había sido condecorado con la Gran Cruz de la orden de San Luis, de la Legión de Honor y de la Orden danesa de Dannebrong. Tanto es así que su nombre figura en el Arco del Triunfo parisino.

Muy diferente fue el destino del resto de los prisioneros de su escuadra, a los que se unirían los capturados en Bailén. Juntos sufrirían un cautiverio que, lamentablemente, ennegrece este capítulo de nuestra historia. Lejos de gozar de la prometida repatriación, la mayor parte de ellos sucumbiría en el destierro en la isla de Cabrera.

La Junta Suprema creó una medalla para conmemorar esta acción contra la escuadra francesa con la que premiar a los que destacaron en ella. Consiste la condecoración en un águila imperial invertida, entre dos sables cruzados, con una corona real en la parte superior y una inscripción a su alrededor: «Rendición de la escuadra francesa 1808». Posteriormente se haría una versión con el águila en posición normal, debido posiblemente a considerarse ofensiva su anterior posición invertida, y cambiando la corona real por una de laurel, situada en la parte inferior.

Conclusión

La derrota de la escuadra francesa en Cádiz supuso:

- La incorporación a la Armada española de cinco navíos y una fragata, en perfecto estado, que de alguna manera compensaron las pérdidas habidas en Trafalgar.
- El despertar en la población española de un espíritu de lucha ante un enemigo que, hasta entonces, se consideraba imbatible.
- La ruptura del bloqueo continental impuesto por Napoleón, abriendo por Cádiz la entrada a Europa de fuerzas aliadas.
- Junto con la derrota del ejército de Dupont en Bailén, el comienzo del declive del imperio napoleónico.

